

Bajo el nombre de Norma

BRIGITTE BURMEISTER

Bajo el nombre de Norma

Traducción de Valentín Ugarte



451.http://

ISBN 978-84-96822-73-3

PRIMERA EDICIÓN EN 451 EDITORES
2009

TÍTULO ORIGINAL:
Unter dem Namen Norma

© DEL TEXTO: Brigitte Burmeister,
Klett-Cotta, 1994

© DE LA TRADUCCIÓN: Valentín Ugarte, 2009

© DE LA EDICIÓN: 451 Editores, 2009

Xaudaró, 25
28034 Madrid - España

tel 913 344 890 - fax 913 344 894

info451@451editores.com
www.451editores.com

DIRECCIÓN DE ARTE
Departamento de Imagen y Diseño GELV

DISEÑO DE COLECCIÓN
holamurray.com

MAQUETACIÓN
Departamento de Producción GELV

IMPRESIÓN
 Talleres Gráficos GELV
(50012 Zaragoza)
Certificado ISO

DEPÓSITO LEGAL: Z.
IMPRESO EN ESPAÑA

Todos los derechos reservados. Esta
publicación no puede ser reproducida
sin el permiso previo por escrito de la
editorial.

17 DE JUNIO

ES UN EDIFICIO GRANDE, DE HACE CIEN AÑOS. EL BARRIO DONDE está enclavado siguió llamándose Mitte («centro»), incluso mucho tiempo después de pasar a ser margen, con la tierra de nadie al fondo, donde silbaban las balas. Un vacío en medio de la ciudad, un lugar de recreo para los conejos, que tras la reaparición del hombre huyeron de allí de vuelta al cercano Tiergarten.

9

Desde la esquina donde está la casa, ahora se tarda pocos minutos en alcanzar el cobijo de los altos árboles. Ya estaban ahí antes de la guerra, o quizá hayan vuelto a brotar en los últimos cincuenta años, con lo que serían más jóvenes que el barrio, que vuelve a ser el centro, por más que la mayor parte de sus calles parezcan tan olvidadas como durante todo ese tiempo. En pie por obra del azar, se levantan aquí y allá casas recién enlucidas que presentan esa sólida escala descendente de comodidades, tan propia de las construcciones centenarias, que desde las bondades de la fachada principal, y tras pasar por la lateral, llega hasta los patios traseros en una evidente escasez de espacio, luz y agua que con el paso de los años ha ido siendo paliada en los casos más flagrantes. La casa de la esquina no se contaba entre ellos: se quedó como ya era, con su precariedad

mediocre, de modo que ahora, bajo una nueva luz, su fealdad resulta colosal. Solo con verla uno puede hacerse una idea de sus habitantes: una masa gris y desabrida que se reparte entre los cuatro pisos del edificio frontal y las escaleras interiores, de la A a la E. Pero si se detiene un rato, verá salir de esas puertas a algún que otro individuo sonriente o vestido de colores que rompe el conjunto, de modo que le resultará imposible soltar cualquier tópico sobre esa gente, salvo que todas esas personas, a no ser que estén de visita, tienen la misma anotación en la misma línea del carné de identidad, o mejor dicho, la misma corrección, ya que la calle en cuya esquina se encuentra la casa ha sido rebautizada con el nombre que figuraba en los carnés azulados de los inquilinos más antiguos antes de sufrir la primera corrección.

—¿Busca a alguien? —me preguntó un hombre joven con coleta al que no había visto antes y al que tampoco pude ver bien entonces, pues, como si me hubieran pillado in fraganti, deslicé la mirada por la alta pared de la fachada transversal señalando una puerta.

—No, vivo aquí —dije dirigiéndome derechita a la puerta, como si mi forma de caminar tuviera que subrayar la respuesta dada. Entré en la escalera, oscura y silenciosa, sí, y no lúgubre y desierta, como pone en la última de las cartas que me llegan puntualmente y que me exhortan a recrudecer mi manera de expresarme.

Tú y tu maldita condescendencia; lo que sea con tal de no meter la pata, ¿no es cierto? Tienes que aprender a ser desconsiderada, ahí lo pone, y sé que es verdad, pero aun así insisto: oscura y silenciosa; al fin y al cabo, soy yo quien

sube cada día por esas escaleras que el remitente ha abandonado definitivamente, ¿comprendes?, punto final, no hay otro modo de empezar una nueva vida; además, ya nada me ata a ese viejo valle de lágrimas, escribe literalmente, nada excepto tú, y luego describe la vista de las montañas lejanas, más allá de los viñedos y de la llanura del Rin, la alegre quietud del jardincito y el piso, tan bonito y tan perfecto.

Mierda de idilio, pensé, aquí ya hace mucho que dejamos de estar en el limbo, le escribiré, y ojalá tenga que buscar en el diccionario qué significa esa palabra. Lúgubre y desierta... ¡Ni hablar! La luz baña la ciudad, el cielo es de color azul nomeolvides, le escribiré... Esta mañana, andando por el barrio de camino a la compra, la gente daba la impresión de haberse creído lo que dice el periódico: jamás hubo tanto comienzo. Incluso en nuestro patio. Un chico joven, un completo desconocido, me ha dirigido la palabra: me ha preguntado qué quería. Su voz sonaba tan vital que de buena gana me habría enfrascado en una conversación si las prisas no me lo hubieran impedido. También está la actividad frenética que nos rodea, el ir y venir de los transportistas, danzando con butacones auestas, ebrios de sol e inmersos en la euforia de la pertinaz oleada de mudanzas; eso no tengo que explicártelo.

En la escalera oí que en el segundo la señora Schwarz se disponía a abrir la puerta de su piso. Los ruidos me eran familiares: el correr de la cadena, cuyo pesado extremo chocaba contra la jamba, donde seguro que el roce ha hecho ya rayajos, el tintineo de las llaves en el llavero y el chasquido que hacían los cerrojos cuando por dos veces giraba el cierre de seguridad y luego el picaporte mientras sacudía la puerta como si esta tuviera que abrirse antes de tiempo; eso

era que la señora Schwarz había logrado abrirla y entonces el olor de su casa inundaba la escalera.

12 Sabía que en ese instante estaría husmeando en el umbral, veía sus zapatillas unos cuantos escalones más arriba, las gruesas medias marrones, luego el cuerpo entero; hoy no llevaba delantal, sino un traje de chaqueta color burdeos, como si fuera domingo. Con la señora Schwarz, a quien el entorno se le hacía cada vez más incomprendible, por lo general había ocasión para una explicación o una descripción, solo era preciso armarse de paciencia y gritar. Pero cuando me decidía a hacerlo, el saldo siempre era positivo, una conversación sin trastiendas ni tonillo, ya fuera el de antes o el de ahora. La señora Schwarz quería saber qué pasaba en el patio. Nada del otro mundo, dije. Puse la bolsa de la compra en el suelo y le berreé al oído derecho una descripción precisa de los muebles y de los transportistas, un informe fiel y detallado sin el tono crítico de antaño ni el tono legitimador de ahora. Puse tanto empeño que hasta la señora Schwarz dio prontas señales de estar cansada de escuchar. Me agradeció el esfuerzo y olvidó preguntarme quién se mudaba. Así que escurrí el bulto. Tal vez aparecería alguien ocupando mi lugar para mencionarle el nombre y explicarle que no se trataba de una mudanza, sino la triste verdad, y así la señora Schwarz conocería la historia hoy mismo, o tal vez otro día de mi propia boca, ya veríamos.

Como siempre tenías que irte pronto de casa y pasabas todo el día fuera, como los fines de semana que hacía bueno salíamos de la ciudad, nunca notaste lo luminoso que es nuestro piso a mediodía, este al menos. Del de antes no

podía decirse lo mismo, ni con la mejor voluntad, sobre todo a partir de que añadieran esos pisos en la Marienstrasse, algo que a ti apenas te molestó, pero que para mí fue una catástrofe; seguro que aún recuerdas lo exagerada que te pareció mi desesperación al ver que el cielo había menguado, lo inoportuno que te resultó que llorara por un simple pedazo de muro, mientras el otro, tan cercano, parecía no importarme. Echemos cuentas, dijiste; las lágrimas que has derramado la última semana por más o menos cuarenta metros cuadrados de piedra... Veamos, ¿cuánto mide el Muro de Berlín, lo sabes? Ni lo sé ni me importa, exclamé, como tampoco me importan tus ridículas estadísticas. Ni que se pudiera llorar por metros, o solo por la miseria que hay en este mundo, así, en general. Quién puede hacer eso, nadie, me apuesto lo que quieras; y ya que la humanidad en pleno se comporta de manera inadecuada, bien puedes olvidarte de ella, igual que obviamente olvidas que soy yo quien se pasa todo el día metida en este agujero por la sencilla razón de que mi puesto de trabajo se encuentra aquí, junto a una presunta ventana por la que ahora hay que sacar medio cuerpo fuera para ver si el cielo es azul o gris, en el caso de que eso tenga algún significado para ti.

Algo quedó de esa pelea que aún arrastramos, un tajo en alguna parte al que no se le prestó mayor atención. No tardamos en mudarnos al último piso, desde donde, más allá de los tejados y de los patios, pueden verse incluso árboles, un grupo de álamos que tú, ajeno a la realidad, bautizaste con el nombre de *Drei Gleichen*¹ porque el nom-

¹ *Die drei Gleichen* («Los tres iguales»): referido a los castillos de Wachsenburg, Mühlburg y Burg Gleiche, ubicados en los bosques de Turingia, zona de hermosos y bucólicos paisajes naturales. (Nota del traductor).

bre te traía a la memoria no sé qué colinas o castillos en lo alto de un río. Te gustaban la vista y el piso, tan luminoso, aunque podías haber seguido viviendo en el de antes o incluso en otro mucho peor; y ahora de repente ese entusiasmo por la vida confortable y esos himnos al horizonte y a la luz. Como si enviaras tus cartas a una cueva. No tienes ni idea de la luz que entra aquí por la mañana.

14

El sol pega en la mesa donde trabajo, pero dejo la ventana abierta y las cortinas sin correr. Durante el día me molesta el silencio. Naturalmente, no todos los ruidos son igualmente bienvenidos. Prefiero las voces, los pasos, los tenues ruidos del rotulista y del fontanero al de los motores en marcha, y más aún al de la sierra radial que a veces utiliza nuestro carbonero. En el segundo patio todo se oye mezclado con un lejano ronroneo; nada que ver con el delantero, que absorbe el ruido y produce eco, y que es lo bastante estrecho como para que los vecinos puedan mantener conversaciones sin tener que poner un pie fuera de casa, cosa que nunca hacen.

Los ruidos suben hasta aquí y pasan de largo hacia el cielo. No me molestan. Al contrario. Lo que me molesta durante el día es el silencio. Aquí siempre es incierto y supone una distracción, pues uno intenta escuchar lo que oculta o adivinar el instante en que será roto de repente. Además de por el frío, aborrezco la primera mitad del año por ser cuando impera el ruido doméstico. A pesar de su intensidad, es más parecido al silencio que aquí se percibe que a los ruidos del exterior. Solamente los pasos del desván, esporádicos y sin ningún patrón horario, me distraen gratamente. Son todo un misterio, ahí arriba no hay nada más que escombros y polvo, y solo se oyen en invierno. Ahora estamos en junio.

Entraba tanta claridad que tuve que ajustar el brillo del monitor. El texto reapareció con intensidad. Ahuyenté de mí los rostros difusos, las figuras que se destacaban entre el tumulto, las botas para el ejército del Rin de una historia que me contaron en el colegio y de la que había olvidado todo lo demás, y comparé lo que allí había palabra por palabra con el original; como medida de control lo leí en alto. «Rara vez se le ha atribuido tanto significado al aspecto físico de un hombre de Estado —leí—. La historiografía se apropia de la imagen de un arcángel y a partir de ahí cualquier imaginación da forma a esa belleza hermafrodita, ya sea por pura fantasía o por interés».

15

Inconcebible, en ese momento apareció el profesor Meiner, que nada quería tener que ver con la belleza y al que jamás se le habría pasado por la cabeza recrearse en un héroe histórico. Las historias de ese tipo formaban parte de otra asignatura. Allí quizá hubiera criaturas luminosas a patadas, pero la historia, la historia en singular, era una gran máquina cuyos resortes, movimientos y averías no podían seguir teniendo un halo de misterio ni ser objeto de interpretaciones fantásticas, sino que, muy al contrario, debían ser investigados conforme al método científico para hallar sus leyes, de modo que nosotros, con los conocimientos a la vista, solo teníamos que apropiarnos de ellos —y ese «solo» iba entrecomillado con unas comillas bien gordas—, pues penetrar en la materia requería más dedicación y empeño de los que éramos capaces de demostrar, hecho que desgraciadamente había vuelto a constatar con toda claridad, decía nuestro profesor Meiner, que, inmerso en la calma chicha de una clase adormilada, permanecía de pie, delante de la pizarra, medio escorado, con el puntero en la mano izquierda, igual que treinta y tres años

antes, con sus gruesas gafas de pasta y su calva incipiente, solo que ahora me parecía joven, un rostro pálido y sonrosado, de sonrisa tímida y voz suave o despectiva, según el momento, voz que por aquel entonces siempre lograba mantenerlo fuera de la línea de fuego y a nosotros dentro de la tierra de nadie del aburrimiento. El puntero rozaba el encerado pasando de un reglón a otro: antecedentes, causas, acontecimientos, motivos del fracaso, conclusiones. Un esquema que aún hoy podría repetir dormida y que en el lado de las respuestas, al menos por lo que respecta a los alzamientos fallidos desde la Revolución francesa, siempre decía lo mismo: la deficiente organización y el precario armamento del sector más progresista, la actitud vacilante de la pequeña burguesía y la traición de los cabecillas del ala derecha; nos lo sabíamos al dedillo sin realmente saberlo, sin creérselo ni dudar de ello, pues nos importaba un bledo todo ese engranaje que se movía gracias a que los dientes de los intereses enfrentados encajaban entre sí y que era engrasado con cantidades ingentes de sangre, sudor y lágrimas. Dado que era mérito de Meinert habernos quitado de la cabeza cualquier tipo de placer por la historia, al menos por la que él enseñaba, quizá había hecho acto de presencia para despertar mi curiosidad por algo que no era tan soso como el regusto que para toda la vida dejaban sus clases, expediente del que tuve que deshacerme antes de que la clase saliera de su letargo y todos volviéramos a dar vueltas en torno a las mismas cosas de siempre, aquella inaguantable atmósfera viciada del colegio que todos conservábamos ligada al desamparo del púber, del que no se podía hablar sin que este se retrotrajera a lo más íntimo de un recuerdo que nuestros currículos ni siquiera mencionan, ni en los propios ni en los

que luego confeccionaría el Ministerio del Interior, lejos, muy lejos de la pregunta que interesa a los verdaderos biógrafos: ¿qué podemos saber hoy de un hombre del pasado?

De ese muerto, por ejemplo, hoy día representado en imágenes que, «salvo raras excepciones, no son más que caricaturas de una caricatura. Incluso las que provienen de la pluma de reputados autores presentan a un Saint-Just exageradamente afeminado, un Saint-Just de rizos empolvados, pendiente de aro y voz suave que no deja de mirar embelesado a Robespierre», leí en voz alta.

17

La luz que entraba de fuera ya no era tan agresiva. El sol estaba ahora justo encima de nuestro edificio. Iluminaba gran parte de una de las dos alas laterales. El revestimiento de zinc de las buhardillas relucía. Las ventanas estaban cerradas. La tarde empezaba a caer. Los colores del cielo, del tejado y de la pared se tornarían más intensos, tal como a mí más me gustan. Poco a poco la gente volvería a casa. Pasos en el empedrado del segundo patio. Tres horas más tarde, las ventanas estarían abiertas, y los televisores, encendidos. Yo seguiría sentada en la mesa, enfrascada en ese trabajo que empecé más tarde que los demás, pero que no dejaría hasta haber traducido el capítulo titulado «La belleza de la juventud», el primero del libro, a cuyo final llegaría dentro de medio año, en un día nublado en que quizá volvería a oír pisadas en el desván.

Pisadas de lo más normal, salvo porque ahí arriba no se le ha perdido nada a nadie. Pisadas que no reconozco, lo cual no quiere decir nada, pues hay tal trasiego en los patios que, a no ser que sea especialmente llamativa,

resulta imposible quedarse con la manera de andar de nadie. El ruido de los pasos de la gente en la escalera al volver a casa es otra cosa. Aunque hace ya tiempo que no los oigo, aún podría distinguirlos. Johannes, las hermanas König, el señor Samuel, a quien su mujer siempre mandaba a fumar a la calle, Margarete Bauer: los que no se han mudado están muertos. Y la señora Schwarz de hace años, cuando aún salía de casa. Están más frescos en mis oídos que los de los actuales inquilinos, de entre los que solo reconozco a Norma, cuyos pasos se me quedaron tan grabados desde su primera visita que, cuando está de camino entre el primer tramo de la escalera y mi rellano, ya me he levantado de un salto y le he abierto la puerta.

Abajo, en el patio, todos suenan igual, solo distingo a los que pisan fuerte y a los que hacen un ruido peculiar al andar. Subida a unos tacones altos y siempre con prisas, suele pasar por ahí una mujer que no sé quién es; lo único que conozco de ella es un taconeo, imagen viva de unas pantorrillas fuertes y unas nalgas duras que se me hace presente sin tener que mirar por la ventana en cuanto resuenan los ecos de su caminar resuelto. En cambio, sí que me asomo cuando empiezan a barrer o a arrastrar algo, o cuando oigo cualquier tintineo o traqueteo, o incluso cuando siento esas pisadas prácticamente inaudibles; en marzo me empecé a dar cuenta de que cada tres o cuatro días limpia los patios, y no fui la única.

—El hombre es trabajador —dijo el fontanero Behr.

—Ya me gustaría saber a qué se dedicaba antes, nosotros desde luego no vamos a enterarnos. ¡A verlas venir! Y esa gentuza sigue unida, son uña y carne, han vuelto a repartírselo todo entre ellos, las fincas y los puestos en los

que no hay que salir de casa ni bajar las escaleras para ir a cagar, no como mi marido —dijo la señora Müller.

—Pero ahora está limpio, eso hay que admitirlo —repu-so el señor Behr.

—Sí. Desde que se contrató a Kühne, somos una «finca modélica en lo concerniente al orden y a la limpieza» —inter-vine.

—Solo que ya no dan premios por eso —dijo la señora Müller.

—Ni siquiera una mísera distinción —apostilló el señor Behr.

Mientras caían gotas del cielo gris, nos quedamos un rato hablando de la basura de los nuevos tiempos. No hacía mucho, el patio había llegado a tener peor pinta que nunca; todos pudieron comprobarlo, los que lo veían al pasar y los que tuvieron que tirar algo junto a los cubos y los contenedores llenos a rebosar, dónde si no. Esos trastos no podían tragárselo todo y ya que nos habían subido el alquiler alegremente, al menos que tuvieran la delicadeza de encontrar una solución; en eso la opinión fue unánime y todos permanecemos unidos. Hasta que al fin la casa tuvo un portero para hacer frente a ese nuevo reto.

Kühne barría a fondo, sin piedad, especialmente en las grietas. No podía creerme que le hiciera cosquillas al pavimento hasta hacerlo reír armado solo con su escoba. Con desgana, lo miraba trabajar indecisa entre dejarlo ya o seguir observándole para no perderme el momento decisivo en que la corpulenta figura vestida con un mono azul hiciera algo revelador.

—Algo revelador, la verdad, el momento decisivo..., lo que hay que oír —dijo Norma—. ¡Y que tengas que ser precisamente tú quien lo diga!

—Es que no me quito esa imagen de la cabeza. Un corredor interminable, el muchacho arrodillado pasando el cepillo de dientes por todos los rincones y justo delante de sus manos las botas, que a veces también me imagino al final del corredor, donde el chico tiene que llegar con su triste cepillo aunque tenga que frotar toda la noche, y dentro de las botas veo precisamente a Kühne, ya no en mono, sino de uniforme, y oigo ese gruñido que conocemos por las películas o por las novelas y que puede que haya hecho sudar al propio Kühne, pero que ahora emplea para exclamar que nadie se ha muerto por agacharse, y el muchacho se agacha para dejar reluciente el pasillo, especialmente las ranuras; y lo peor de todo, lo más gordo, lo que me reconcome, es que el tipo se ha hecho imprescindible. Pero vamos a dejarlo, no quiero discutir.

—¿Entonces qué es lo que quieres?

—Saber la verdad. Saber si tiene remordimientos, si alberga un ápice de sentimiento de culpa, en caso de que las imágenes que me evoca verle barrer concuerden con su pasado, claro.

—Baja y pregúntaselo —me dijo Norma.

Kühne también trabajaba con sacos de plástico. Separaba la basura que había barrido y recogido previamente, y si los contenedores estaban llenos, la metía en los sacos y se la llevaba a rastras. No pude ver adónde. Pregunté a varios vecinos, pero ninguno se había interesado por esa cuestión. Estuvimos dándole vueltas un rato. Que el portero recolectara la basura y que tuviera unos depósitos secretos nos pareció improbable. Más bien tendimos a pensar que la esparcía por ahí fuera; nuestra pulcritud estaba claramente relacionada con el catastrófico aspecto de los

patios vecinos. Los culpables son los que soportan algo así sin quejarse, pensaba la señora Müller.

Si no cejaba en mi empeño de observarlo, quizá podría pillar a Kühne en algún punto a partir del cual desentrañar todo su pasado.

Bajar y preguntarle sin más. ¡Qué idea tan absurda! Solo Norma es capaz de semejante ingenuidad. Además, tengo otras cosas que hacer, he de dar gracias por unos días sin el perturbador sonido de su escoba ni de los sacos al ser arrastrados, que siempre me impulsan a asomarme. Los demás ruidos de fuera no me distraen. Suben hasta aquí y pasan de largo hacia el cielo. Pasos en los adoquines del segundo patio, voces y risas, el cencerreo de las radios y televisores mal sintonizados cuando es día de libranza y abren las ventanas. Y últimamente, desde que inauguraron el jardín del rincón, el entrechocar de las botellas de cerveza.

Llamamos así a un banco, una mesa y un par de sillas plegables puestas delante de la valla que separa el taller del rotulista del resto del patio. Los muebles descansan sobre una alfombra verde, y en la valla han puesto tres macetas con geranios colgantes. Al principio esperaba que viniera una furgoneta y plantara allí un puesto ambulante, pero cuando vi que no sucedía y que la primera tarde que hizo bueno unos hombres provistos de cervezas se sentaron allí a bebérselas, no pude salir de mi asombro. En la época de los certámenes y de las fiestas de las brigadas, habría pensado que se trataba de una iniciativa del sindicato, y aun así me habrían sorprendido los detalles: la alfombra y la decoración floral, totalmente insólita aquí. Era muy poco pro-

bable que el espíritu de las iniciativas colectivas hubiera penetrado en la esquina de nuestro patio, entre esos modestos trabajadores que solían ir juntos al bar, como era costumbre entre colegas, pero que no necesitaban para ello ningún motivo elevado, ninguna meta que mereciera la pena alcanzar, como la distinción que se les daba a las fábricas: «Colectivo de trabajadores socialistas». Que ahora se sentaran de vez en cuando en el jardín del rincón, así sin más, gracias quizá a la nueva sensibilidad del maestro pintor por los modernos métodos empresariales, resultó al principio sorprendente, pero pronto se hizo familiar; también como fuente de ruidos. Aunque no eran solamente los artesanos locales quienes se sentaban, solo lo hacían hombres.

Nunca se habían celebrado fiestas comunales en el patio o en la calle. Hace mucho, la familia Schäfer, los del bajo del ala derecha, abrían las ventanas de par en par dos veces al año y ponían la música alta invitándonos a todos a unirnos a la juerga. Podíamos haber bailado en nuestras casas, abajo en el patio o incluso en casa de los Schäfer, por qué no, pero nunca lo hizo nadie; en mitad de la noche podían sacarnos bruscamente de nuestros sueños, pero no de nuestras costumbres, por lo que nos tomábamos como una desconsideración su buena fe, su cercanía, sus ruidos y sus jolgorios. ¡Os voy a denunciar si no dejáis de armar escándalo inmediatamente!, gritaba el temible Neumann. Y seguro que ponía la denuncia, pero los Schäfer volvían a la carga con otra de sus fiestas, hasta que un día dejaron el piso de dos habitaciones donde siempre habían vivido tan felices, cosa que me parece inconcebible, pues era aún peor que el primero donde vivimos nosotros, y se mudaron con sus tres hijos a una novísima barriada de nueva construcción, a una torre de doce pisos, según dijo la señora Schäfer.

Sonaba a lo que era: una declaración de guerra al ser humano, por más que ellos no lo vieran así al estar embelesados con las nuevas prestaciones. Nuestra vieja casa no estaba rodeada de semejantes espantos, aunque nos los habían plantado lo suficientemente cerca como para no olvidar la triste historia de uno de esos crímenes arquitectónicos pendientes de ser llevados a los tribunales pese a contar con testigos oculares como ese conocido pintor local apodado el Padre, crimen que al menos en su primera versión no volvió a repetirse, único motivo por el que cabría hablar de progreso. Cuarto de baño, balcón, calefacción central y cuatro habitaciones, si eso no es progreso que venga Dios y lo vea, decían el señor y la señora Schäfer, a quienes la despedida se les hizo dura, como a mí en cuanto comprendí que ya no iba a haber más invitaciones a bailar en mitad de la noche, y mucho menos en los nuevos tiempos, en los que las fiestas comunales quedaban tan lejos.

23

Y así fue, como lejos también queda ya la gran fiesta que nadie organizó y que celebró toda la ciudad, una turba incalculable, enfervorizada, ebria de felicidad, desgarradoramente aliviada, que exhalaba palabras y tomaba aire, y que al respirar hondo hacía saltar la escarcha de alrededor, y que solo entonces tomó conciencia de cuántos la componían.

Que en ese momento parecíamos otros y que mirábamos con unos ojos distintos a los de antes y a los de después ha dejado de ser una certeza asequible. De cuando en cuando, inmersos en nuestra rutina, nos decimos los unos a los otros que fue inolvidable, quizá para intentar revivir esa alegría no olvidada y conseguir algo de ella para el momento presente, aunque sabemos que solo cabe conservar los recuerdos, nada más, mirar las fotos viejas en el aniversario o siempre que se quiera y repetir las frases que

entonces se dijeron y que se han convertido en señales de que estuvimos allí.

¡Eso solo pasa una vez!, repetían erre que erre los demás, por más que Norma les explicaba que no se trataba en absoluto de una rememoración, sino de un intento de organizar algo para que la gente no se fuera a casa a todo correr sin dirigir la palabra a todo aquel con el que se cruzase.

—Eso es, una fiesta en la calle, para todos, como en mi antiguo vecindario —dijo Norma—. Allí hacíamos fiestas antes de la reunificación, sin que tuviera que organizarlas ninguno de esos funcionarios del distrito.

24

—¿Te refieres a esos que nunca nos fallaban cuando los necesitábamos? Mira, si queréis hacer una fiesta, hacedla, no tengo nada en contra, pero no contéis con nosotros. Al fin y al cabo, todo el mundo tiene derecho al descanso, ¿no es cierto?

Esa y otras parecidas fueron las respuestas que Norma fue cosechando hasta claudicar. Yo misma dije que no, y puede que ahora te dijera lo mismo.

Sentí lástima de Norma, del grupito de mujeres y de mí misma cuando, tras unos cuantos juegos de cumpleaños, encendimos las velas de los faroles a pesar de que aún no había caído la noche y recorrimos el barrio con los niños porque teníamos que celebrar una fiesta de los faroles a toda costa, con canciones y todo. A mí me pareció que sonaban a lamento. Muchas gracias, habéis sido muy valientes, dijo Norma mientras las madres le daban las gracias a la puerta de casa. Pensé en aquella noche de noviembre, en toda esa gente corriendo por las calles, en aquel hombre subido al muro con una copa de champán en la mano cantando con voz potente y clara el *Himno a la alegría*. Pensé en los gritos del patio que nos despertaron, en cómo corri-

mos Johannes y yo hacia la Puerta de Brandemburgo, en cómo de pronto una mujer se unió a nosotros y nos abrazó, y, sin perdernos de vista, volvió con nosotros ya de mañana, y solo entonces supimos que éramos vecinos.

—Es un comienzo —le dije a Norma una vez se fueron los últimos niños—. Esto hay que celebrarlo. Vamos a cenar por ahí. Al otro lado.

—Que siga la fiesta —dijo Norma asintiendo.

—Antes nunca había estado allí, me refiero a que nunca fui a ver a los que quería visitar en sueños. En realidad, siempre era el mismo sueño, pero una noche tuve uno en el que todo era real. En él alcanzaba la meta de la que hasta entonces me habían separado tremendos impedimentos que al fin ya no venían al caso: dar con las casas que buscaba en Steglitz y Kreuzberg y además encontrar el camino de vuelta a casa antes de que se acabara el tiempo, pues cada viaje al otro lado, con la consiguiente búsqueda de las direcciones, los transbordos perdidos y las equivocaciones de camino, tenía un tiempo establecido que en el sueño ni se me ocurría rebasar y que me provocaba presión, no un miedo tangible, sino ese sentimiento de cuando vas de camino al colegio o al trabajo, ese «no llegues tarde». La presión faltaba en mi sueño, lo que me convenció de que no estaba soñando, lo cual resultaba a su vez sorprendente, ya que precisamente la ausencia de esa presión del tiempo tendría que haberme mostrado que algo no encajaba en aquella realidad, y lo que entonces me mostró, bien mirado, fue lo precario de la realidad de mi vigilia, con sus tiempos estipulados y sus espacios acotados, que ahora resultaban de lo más normal comparados con el absurdo de un muro que dividía la ciudad y la arbitrariedad con que se determinaba cuándo y por cuánto tiempo podía alguien

atravesarlo. Aunque lo cierto es que yo no era sensible todo el tiempo a esos atropellos, quizá porque hacía mucho que me había acostumbrado a otras limitaciones cotidianas, como el impedimento diario con el que se encontraban casi todos para dirigir sus pasos libremente en lo que se refiere al momento y a la dirección, para quedarse durmiendo, por ejemplo, en vez de echarse a la calle antes de que amaneciese y meterse en autobuses y tranvías atestados, donde, rodeados de rostros embotados, se veían inmersos en ese vaho de la sumisión al destino que también se formaba en los pasos fronterizos y que incluso se colaba en mis sueños cuando vagaba por esas calles extrañas, ya no en busca de mi meta, sino de vuelta allí de donde venía con un permiso especialísimo solo válido para esa única vez.

Probablemente Norma no había estado escuchando. Se limitó a decir: Han vuelto los conejos.

Ya había anochecido. Caminábamos en dirección sur, bordeando un solar vacío por el que unas manchas oscuras correteaban de un lado a otro.

—Quizá en una época remota, vete a saber a través de cuántas generaciones, desarrollaron algo parecido a la añoranza y por eso vuelven a los lugares donde vivieron en paz —dijo Norma.

A esas horas apenas había gente por la calle; tampoco es que pasaran muchos coches. Los árboles del Tiergarten formaban una pared negra coronada con puntas y arcos. Justo encima, algo difuminada por la niebla, se alzaba la luna en cuarto creciente. Un viento suave del este traía aroma a bosque. No lo había vuelto a notar desde que levantaron el Muro. Puede que fuera una alucinación provocada por encontrarme paseando un rato al aire libre junto a

un bosque a la luz de la luna y en completo silencio justo en el centro de una capital europea.

—¿Lo hueles? —pregunté señalando con la cabeza hacia la pared negra.

Norma no contestó. Tomó aire, movió las aletas de la nariz y torció la mirada; pude ver brillar el blanco de sus ojos. Luego se detuvo y exclamó: ¡Huele a quemado!

No estaba de humor para sus juegucitos. No había prestado atención ni a mi sueño ni a la pregunta acerca del aroma. Continué andando.

—Demasiado fácil —dije—. Además, por mí esa joya puede arder hasta hacerse carbón. No sería la primera vez.

—¿Qué me dices de las consecuencias? —exclamó Norma visiblemente alterada—. ¡Piensa en las consecuencias!

—La historia no se repite.

—Precisamente —repuso Norma al vuelo—. Es que lo que está ardiendo no es lo que tú piensas, debe de estar sucediendo unos números más abajo...

En un abrir y cerrar de ojos había sustituido el Reichstag por otro edificio, estaba segura, aunque también me picaba la curiosidad. Pero hice como si la cosa no fuera conmigo y dije maquinalmente: Bomberos, uno, uno, dos. Noté que ahora Norma se había enfadado. Seguimos caminando en silencio hasta el cruce donde teníamos que torcer a la izquierda para ir a nuestro café.

En esa esquina dieron la vuelta, justo donde siempre lo hacían. Cómo iba a cambiar algo así la muerte. Iban por su camino, con sus abrigo a rastras y sus zapatos dados de sí, que eran nuevos antes de la guerra y a los que por eso llamaban género de tiempos de paz, como si para las dos ancianas después de la guerra no hubiera habido paz alguna, por más que la que reinaba fuera más duradera que la

de antes, por no decir definitiva. No podía cruzarme con ellas en su camino, el mismo que nosotras seguíamos hasta el cruce, sin que Norma lo supiera, sin que yo misma pensara en ello todo el tiempo. No hablaban, aún faltaba un trecho para encontrarnos; de pronto las vi justo enfrente de nosotras, con sus caras de pena, tan perseverantes como de costumbre: todas las tardes un paseíto al aire libre, siempre el mismo trayecto. Era como si siempre les acabara de suceder una desgracia, como si estuvieran cumpliendo una condena. En vez de cejas tenían dos rayas negras como la pez; todo lo demás —los ojos, los labios, la piel, el pelo—, había perdido el color. Sin esos dos guiones negros sus rostros se habrían disuelto en el gris claro de todas las tardes pasadas, en el gris de un tiempo de una tenacidad insensible, de un tiempo decepcionante y aniquilador que a su paso solo deja carne cansada, huesos doloridos y, como última línea de resistencia, las cejas pintadas de negro antes de salir a la calle. En ambos rostros el mismo trazo infeliz, sin duda obra de una misma mano.

—Creo que era Minna la que se pintaba las cejas, y también a su hermana —dije cuando torcimos dejando atrás el cruce.

—¿Puede saberse de quién hablas?

—De Ella y Minna König. Vivían en nuestra casa.

—¿Dónde viven ahora?

—No sé dónde queda el cementerio. No me he molestado en ir allí a visitar las tumbas. Ni siquiera sé si ambas han ido a parar al mismo sitio. El municipio en el este, el cementerio en el oeste. Una vez las oí decir: Nos enterrarán con mamá y con Erna, el párroco nos lo ha prometido. Así que supongo que dejarían que sus cenizas se fugaran y que ahora descansan en el lugar indicado. Si es así o no,

no lo sé, tampoco me planteo ponerme a investigarlo. Cuando la ubicación de esas tumbas estaba tras el Muro me daba que pensar, era un lugar inaccesible. Ahora ya no.

—Pero en cambio sigues pensando en quién le pintaba una raya encima de los ojos a quién, ¿no?

—La última línea de resistencia, ¿comprendes? —respondí.

Cómo iba a comprender nada Norma, que no tenía ni idea de quiénes eran esas dos ancianas. Probablemente esperara que le contara una historia, que le hiciera una descripción, o que al menos le explicara por qué en mi opinión dos pares de rayas oponían resistencia a sabe Dios qué. Ahora ya solo quedaban ellas, como signos en un papel, sin sentido ni relación con nada, carentes incluso de la capacidad de evocar sus rostros o al menos un esbozo que de algún modo me permitiera decir: «Los veo con tal claridad que casi podría tocarlos», a pesar de que, ciñéndonos a ese dicho, en realidad no viera nada más que unos trazos esquemáticos solo visibles para el ojo interior y, tras esas rayas, tras esas líneas abstractas, los rostros fantasmales de Minna y Ella, que no paraban quietos por más que intentara fijarlos y lograr así la tranquilidad necesaria para poder reflexionar sobre por qué esa nada que estaba de fondo no dejaba de moverse.

—¿A qué resistencia te refieres? —preguntó Norma como para sacarme del trance.

—A la del color, a la de la memoria —respondí al tuntún—, puede que a la de la feminidad. Algo se ha rebelado contra la decadencia, quizá una costumbre del periodo de entreguerras, cuando ellas eran jóvenes, sus abrigo eran nuevos y antes de salir se arreglaban un poco repasándose las cejas. El hábito se ha perpetuado, por más que la seducción ya no tenga nada que ver con el asunto...

Urnas bajo tierra en algún lugar de esta ciudad. Un hogar disuelto. Las cosas de ellas que aún conservo y ningún rastro más salvo lo que queda en mi memoria. Los nuevos inquilinos, unos chicos jóvenes, blanquearon la mancha de agua del techo del salón que ellas enseñaban como si se tratara de un monumento conmemorativo. «El terror de las bombas», esas eran las palabras que venían acompañadas de las siguientes indicaciones: marcas de los impactos en los libros, en el marco del espejo, en el tablero del secreter junto a la ventana. Todo tal cual quedó, sin arreglo alguno.

30

—Su piso era un museo de las cicatrices de la guerra. Con unas cuidadoras que señalaban aquí y allá sin apenas decir palabra. Frases sueltas sin contexto, nunca una historia completa. Las manzanas, tan hermosas, flotando en el Spree, decía Ella König. Eso es todo lo que sé de lo que la versión oficial denomina los «daños irreparables causados por la ofensiva enemiga en noviembre de 1943». El restaurante que tenían en Schiffbauerdamm quedó reducido a escombros y cenizas. Como el edificio contiguo al nuestro, en la esquina donde ahora hay unos arbustos. El fuego se elevó y prendió el tejado; de la extinción del incendio era la mancha de agua que yo aún pude ver en el salón de las hermanas König. ¿Vas a decirme de una vez qué es lo que se está quemando?

Pero Norma se había olvidado del juego o había perdido las ganas de continuar con él.

—Está tan oscuro... no se ve un carajo. Da miedo. ¿Podrías dejar ya tus historias de la guerra?

Si no me dejo distraer por nada y avanzo con la traducción, si Norma tiene tiempo esta tarde, podríamos recorrer

el mismo camino a la luz del día. Así podríamos fijarnos en las diferencias. Y nada de hablar de las antiguas vecinas y de la guerra, nos ocuparíamos de *La belleza de la juventud*, si es que me decido a hablarle a Norma del libro. Podría recordarle que en otoño vimos conejos la noche en que fuimos a cenar al otro lado después de celebrar la fiesta de cumpleaños. Sería como antes.

Con qué rapidez cambiaría esto, cuánto tardaría en renovarse nuestra parte de la ciudad, cuándo vivir aquí o allí sería lo mismo y dejarían de sentirse los viejos sentimientos de pertenencia, para apaecer solo en ocasiones y de manera retrospectiva: todo esto se contaba entre las ideas desechadas hace tanto que resultaba imposible medir la distancia no ya en meses, sino en años, mientras el tiempo real, inmedible, seguía su propio curso, infinito y desconcertante. Lo cual me hacía amarlo en momentos concretos.

Iríamos al otro lado, expresión que ha perdido la gravedad cosechada durante años, pero no su utilidad. Nos tendríamos en el límite, como la última vez, y justo detrás del antiguo paso fronterizo entraríamos en nuestro café a tomar algo. Así quedó bautizado desde la tarde en que estuvimos allí charlando sin parar de interrumpirnos, yo también, lo admito, y dijimos: Para mí este edificio era un puesto fronterizo del otro mundo, a la vista pero inalcanzable, más alto y más solitario en sueños que en la realidad... Sí, yo también lo veía así, con su balconcito en lo alto, en realidad solo una reja delante de una puerta estrecha, y sobre la casa el cielo, sin nubes pero descolorido, aunque ya no lo veo así... Ni yo. Nos echamos a reír e intercambiamos distendidamente nuestras impresiones; Norma encontraba cálida y agradable la pintura color café; en cambio, a mí me parecía repugnantemente lóbrega, y tampoco logramos

ponernos de acuerdo en si el joven cabecilla estaba celebrando una reunión en el local contiguo a la oficina o coordinando un periódico alternativo, si animaba a los otros que estaban sentados en la larga mesa o les daba órdenes. De lo que sí estábamos seguras era de que la ensalada fresca, el hojaldre relleno de espinacas y el vino seco eran productos del otro lado, tema que enlazamos fácilmente con otra serie de cosas que nos llevaron a levantar las copas y brindar con creciente entusiasmo por los nuevos tiempos. Volvimos animadas a casa dando un largo rodeo. Sin saber muy bien por dónde íbamos, atravesamos el parque, el futuro bosquecillo que crecería en ese suelo metros y metros contaminado, un costurón verde de la ciudad en la línea que marcaba su pasada separación; no metimos el pie en ningún agujero ni nos tropezamos con restos de hormigón, no nos topamos con las mortíferas patrullas fronterizas ni tuvimos que sortear las obras; en medio de esa oscuridad dimos de pronto con nuestra calle sin poder recordar en qué momento habíamos cruzado el río.

Hace ya una eternidad de eso, por más que el calendario diga que apenas dos años y medio me separan de aquella tarde. Johannes había vuelto a casa un poco antes que yo. No venía ni del otro lado ni de la franja verde, sino de una reunión, y no precisamente eufórico. Habían estado discutiendo cuatro horas sobre su programa para las elecciones, mejor dicho, sobre un solo punto. ¿Ha ido Max?, pregunté además de interesarme por la reunión. Mejor olvidarlo, dijo Johannes antes de empezar a contarme. Nos sentamos en la cocina y estuvimos hablando hasta bien entrada la noche, una de las miles de conversaciones casi iguales de entonces. En realidad, he olvidado el punto del programa que tratasteis, y no porque tú me lo ordenaras,

sino porque no logro conservar en la memoria esas cosas; qué le voy a hacer. Además, me importa un comino que ahora hayan caído en el olvido frases enteras, el contenido literal de nuestras opiniones, o incluso el de nuestras ilusiones; tú lo sabes mejor que yo y tampoco te importa lo más mínimo.

Sin embargo, he logrado conservar el recuerdo de que al amanecer, cuando apenas nos quedaba tiempo para seguir durmiendo, algo me sobresaltó, puede que para salvarme de un sueño angustioso o porque su canto me despertó sin más; sea como fuere, me quedé despierta tumbada a tu lado y pude oírlo: el mirlo había vuelto a nuestro patio y cantaba como si nada hubiera cambiado en todo el tiempo en que no había estado allí para ser escuchado; pasado el silencioso invierno, ahora que la primavera se acercaba, volvía con su melodía —la misma, generación tras generación—, nuestro mirlo, siempre el mismo, al menos para mí, rompiendo el silencio de la mañana con su canto entre los altos muros donde el próximo año y el siguiente volvería a sonar el día menos esperado, pensaba, con independencia de que reinara un nuevo orden. Mientras me recreaba en los sonidos de fuera y olía el aroma de la mañana, sentí la ciudad que cercaba al pajarillo como algo amable, sito allí desde hace mucho y con buenas expectativas de sobrevivirnos. Voy a apuntarme a la asociación protectora de pájaros, dije entonces en voz alta, como si pudieras oírme en sueños.

Querido Johannes: Como es natural, ahora no se oye el canto del mirlo, te escribiré en la próxima carta, y también te hablaré de los ruidos del patio, puede que esta misma

tarde, si es que no voy con Norma al café. A ti no te gustó. Estuvimos allí solo una vez, en invierno. Aún había que enseñar los papeles en el paso fronterizo. Aquello estaba muy concurrido. Venían turistas de todas partes, por no hablar de los vendedores ni de los cambistas, dijiste entonces despectivamente. Comerciabán con trozos del Muro arrancados del lado en que había pintadas y con todos los recuerdos que pudiera uno imaginar. Medallas y condecoraciones que nunca había visto de cerca cuando no estaban en venta, pero que debían de ser insignias honoríficas cuyo antiguo rango se podía determinar por su precio actual. Me impresionó la prisa que se habían dado en poner todo aquello en venta, mucho antes de que las rebajas por liquidación estuvieran en boca de todos. No nos encontrábamos en un templo del que hubiera que expulsarlos a todos, sino en un mercado donde hombrecillos despiertos ofrecían antiguallas históricas, preludio de otro tipo de ventas bien distinto al que de todos modos tendrían que asistir quedándose con las ganas, como suele decir la señora Müller; y allí estaban, de pie, con sus botas y su anorak, en cualquier esquina, con su nada agradable rostro congelado. Ya no recuerdo si los increpamos a voces o guardamos un amargo silencio.

A la vuelta te hablé de Minna y Ella König, te recordé sus paseos vespertinos. Cuesta pensar en un trayecto más inhóspito; tú también estabas de acuerdo. Echamos cuentas. Ahora tendrían noventa y noventa y dos años respectivamente. Con toda seguridad, la caída del Muro no habría aliviado sus caras de pena ni tampoco les habría levantado el ánimo la perspectiva de un crecimiento conjunto de la ciudad, pues con ello ningún muerto ha retornado a la vida ni nada de lo pasado ha sido enmendado. Aunque

para ellas el Tiergarten era terreno vedado, no dejaron de recorrer su viejo paseo ni una sola vez. Lo sorprendente habría sido que se retrasaran, por más que hubieran pasado veinte años. Cuando aún estaban vivas, dije, solía preguntarme a partir de qué momento la vida, el tiempo, empezó a darles lo mismo; cuándo, por decirlo de algún modo, pasó a ser un transcurrir sin sentido. Y aunque no podría fijar un punto preciso, tengo la sensación de que debió de haber sido hace mucho y de que a partir de entonces, aunque en apariencia caminaran por el distrito oficial y policialmente denominado Mitte, al atravesar una determinada calle, quizá esa de ahí, sabían que en ese mismo instante en realidad abandonaban Friedrichstadt para entrar en su Friedrich-Wilhelm-Stadt natal, no sé si me explico. Asentiste, a pesar de que el ejemplo te pareció rebuscado, pues hacía ya mucho que esos antiguos municipios se fundieron formando el sector llamado Mitte, precisamente el barrio que ellas conocieron antes de la guerra y que en breve volvería a ser el centro, ¿no?

35

Bordeamos la tierra de nadie pasando por delante de los grupos de excursionistas y nos dirigimos a la esquina donde está nuestra casa.

